

La Tormenta del Siglo: La Crisis Económica y Sus Consecuencias



E-Book

Por Juan Eugenio Corradi
Editor de Opinión Sur



South North 
Development Initiative

Índice de materias

Introducción	2
Capítulo 1 Primeros Indicios de una Tormenta O Doña Rosa y el dólar	3
Capítulo 2 Los grandes nubarrones	11
Capítulo 3 Las Dos Caras de la Crisis	16
Capítulo 4 La tormenta	20
Capítulo 5 Capeando el temporal	27
Capítulo 6 El socialismo donde menos lo esperaban	32
Capítulo 7 Piloto de tormentas: El nuevo gobierno en los Estados Unidos visto desde el Sur	38

* * *



Introducción

Las grandes crisis económicas no son solamente económicas, ya que no se dejan encasillar en divisiones artificiales y académicas. Ponen en tela de juicio todos los presupuestos sobre los que se basa un modelo de sociedad, un estilo de vida, y un tipo de civilización. Esa es mi primer constatación. La segunda es que esos momentos graves convocan –por razones que siguen siendo misteriosas—al mejor liderazgo a que de un paso al frente y se haga cargo. Una gran crisis es una forja de grandes personajes: hombres y mujeres a la altura de las circunstancias. No siempre sucede, ni sucede en todas partes. Pero cuando sucede, ocurre un “momento fuerte” de la historia. La tercera y última constatación es de naturaleza epistemológica. Una gran crisis económica y social es reveladora de estructuras. Estas no son nada mas y nada menos que las reglas

del juego social. Juntas forman la gramática del sistema. En toda gran crisis hay una claridad terrible. Quien no se deje cegar por esa luz intensa podrá encontrar el hilo de la superación y del progreso hacia un mundo mejor —aquel mundo que hasta ese momento era postergado, porque nadie lo quería de veras, o porque era mas cómodo soñarlo que realizarlo, sin percatarse que la sensatez a veces es mas difícil que la utopía. En las páginas que siguen he intentado rastrear los orígenes de la crisis mundial actual (algunas de esas páginas fueron escritas cuando casi nadie esperaba que se desencadenara una crisis de las actuales proporciones), su desenvolvimiento, sus consecuencias —muchas de ellas paradójicas—y sus posibles salidas, sin olvidar en ningún momento que el futuro no se adivina: se fabrica.

* * *



Capítulo 1

Primeros Indicios de una Tormenta

o

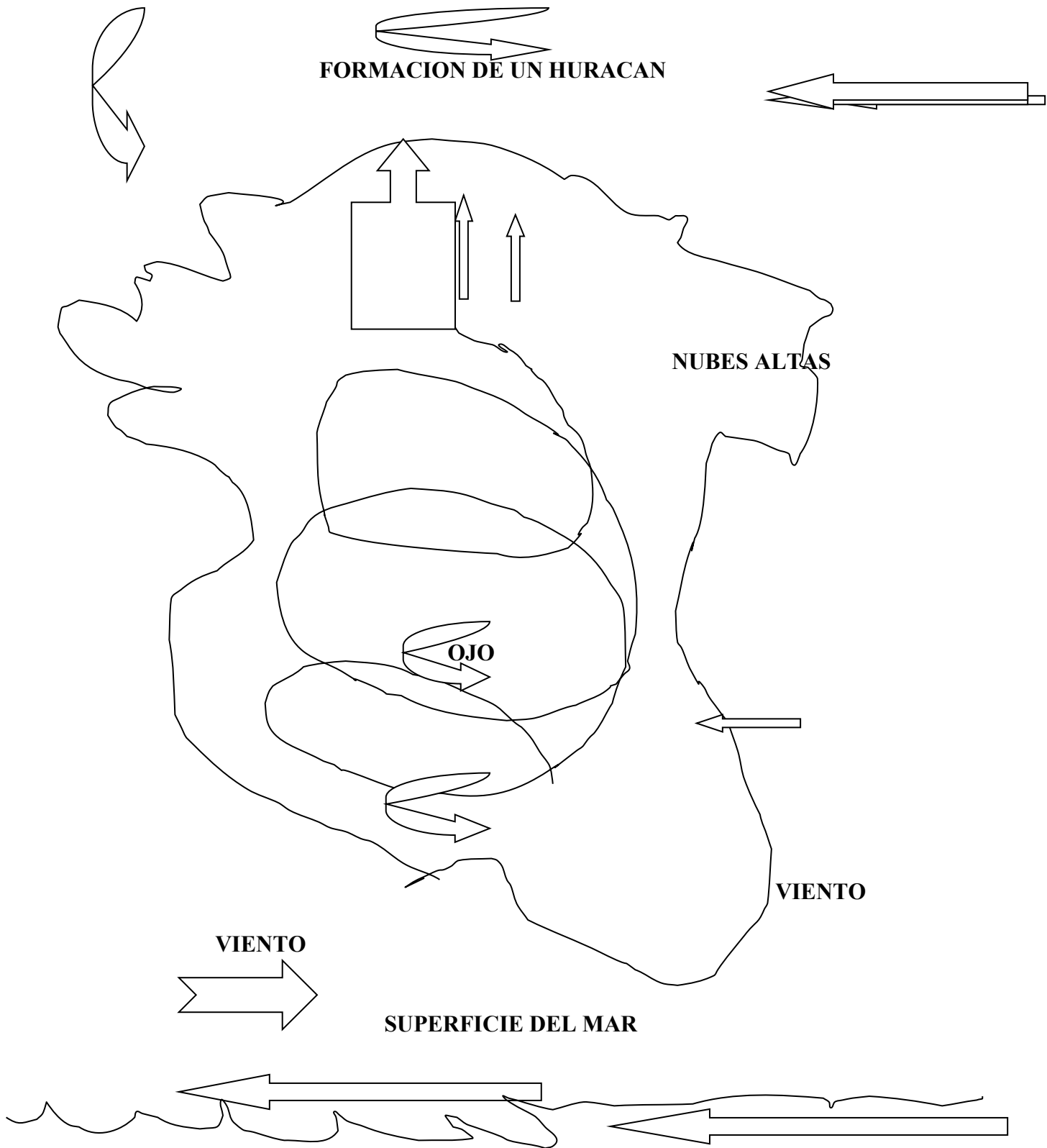
Doña Rosa y el dólar

Resumen:

La etapa actual de globalización se caracteriza, en su aspecto financiero, por una especulación sin controles, que usa multiplicadores matemáticos sobre la base de haberes ficticios. Todo esto provoca, tarde o temprano, un huracán financiero que termina por afectar a la economía real.

Doña Rosa es una anciana lúcida y simpática, vecina de mi madre, y con quien suelo platicar sobre el mundo y la vida cada vez que visito Buenos Aires. Viuda de marino mercante, se interesa siempre en mis propias peripecias de navegante a vela y en mis experiencias en el océano.

No me fue fácil explicarle cómo se forma y alimenta un ciclón tropical, de esos que, cuando azotan al Atlántico, llamamos huracanes y, cuando se desencadenan sobre el Pacífico, denominamos tifones. Sin embargo, insistí en la demostración, ya que doña Rosa siempre me pide que le cuente lo que he aprendido en alta mar. Hice un dibujo y dije más o menos lo siguiente:



Un huracán se forma gradualmente al principio, pero luego se desencadena en forma catastrófica. El aire húmedo asciende sobre aguas calientes hasta alturas

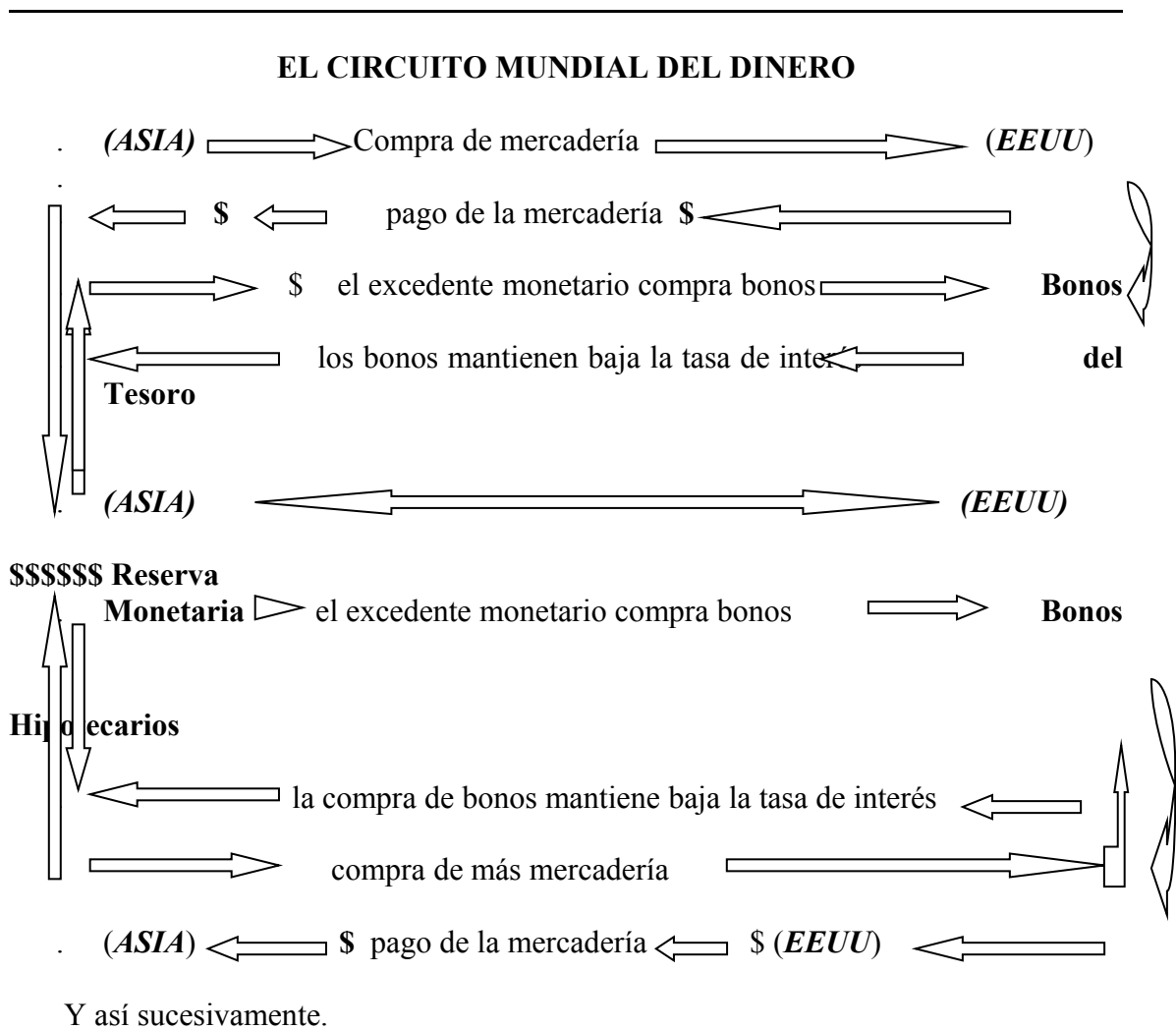
fenomenales (es decir desde la atmósfera hasta la troposfera, rozando la estratosfera). El barómetro de los navegantes acusa un gran descenso de la presión atmosférica. La masa de aire se eleva en forma giratoria. En el hemisferio Norte, lo hace en el sentido contrario al de las agujas del reloj. Al alcanzar las capas superiores, en vez de encontrar una circulación de aire inversa que lo frene, encuentra otro giro en su mismo sentido, lo que imprime a toda esa espiral de nubes altísimas una velocidad pasmosa, superior a los 100 kilómetros por hora. La pared de nubes giratorias se mueve como una calesita enloquecida en torno a un centro u ojo angosto, calmo y apacible. La enorme tromba, con un diámetro de cientos de millas, se desplaza por el océano, siguiendo las corrientes de agua caliente, donde encuentra su alimento. Todo lo destruye a su paso: barcos grandes y pequeños, chozas y hoteles, pueblos y plantaciones, vidas y esperanzas. Sólo lo frenan dos cosas: las grandes masas continentales donde suele caer después de devastar islas y costas, o los mares fríos de altas latitudes donde a veces también acaba su loca carrera. El clima reencuentra su equilibrio cuando la enorme energía acumulada en los trópicos se descarga en las zonas templadas del planeta. Lo único que puede hacer un marino en esos casos es quedarse en casa, si puede, durante la estación de los huracanes, y zafar, es decir, confiar en que la suerte le sonría.

Al final de mi resumen, doña Rosa se mostró satisfecha. Entonces me resultó más fácil explicarle, por analogía, la dinámica de la vorágine monetaria internacional.

Cuando los consumidores norteamericanos compran enormes cantidades de productos asiáticos¹ (gran parte de la producción mundial se ha mudado a China y otros países de aquél continente), cientos de miles de millones de dólares provenientes de esas ventas se acumulan en las arcas de los gobiernos de Asia, que a su vez los reciclan a

¹ El gasto de los consumidores representa dos tercios de la economía norteamericana, valorada en 11 trillones de dólares, que por coincidencia es también el monto de los haberes en dólares de sus acreedores extranjeros. Hace ya mucho tiempo que los economistas sostienen que los Estados Unidos son la “locomotora” de la economía global. Esta situación continuará hasta que llegue el día en que China, con mil millones de consumidores potenciales, pase a ser la principal economía del mundo.

través del sistema financiero norteamericano, y de esa forma influyen en las tasas de interés y en la actividad económica de la primer potencia mundial. A esta altura de mi explicación, hice un dibujito para que doña Rosa pudiera visualizar el flujo económico mundial.



No sé si doña Rosa entendió todo. Le expliqué que los bonos son una especie de pagaré. Si el deudor se encuentra en aprietos, y deja de pagar, la cesación de pagos se llama *default*. En ese caso se produce una gran crisis, ya que se rompe el flujo y se viola la confianza en que se basan las transacciones. Una alternativa es renegociar los términos y los plazos del pago. Y otra alternativa es pagar con moneda desvalorizada, que es una forma más suave de pagar menos de lo que uno debe (cuando un país tiene el

privilegio de endeudarse en su propia moneda y ésta es moneda de reserva²). Una fuerte devaluación sería el *default* “elegante” de los poderosos. En ese caso, los acreedores van a tratar de colocar sus reservas en otra parte.

Sí sé que doña Rosa pudo, con bastante rapidez, reducir mi explicación a su experiencia de octogenaria argentina. “Mire –me dijo-- cuando un país gasta más de lo que gana, y pide prestado para seguir gastando, tarde o temprano corre el riesgo de quebrar. Queda a la merced de sus acreedores de afuera, que le impondrán sus condiciones. Tierra adentro, queda un tendal de gente empobrecida y con bronca. No es para menos –agregó—si sus ahorritos se esfumaron y en sus manos sólo tienen algunos pesos que valen poco o nada, y deudas impagables también.”³

Doña Rosa había tenido suerte. La crisis del *default* argentino la sorprendió a pocos meses de enviudar. Su finado marido le había dejado sus ahorros en dólares en efectivo, que doña Rosa no tuvo tiempo de depositar en su cuenta bancaria. De esa manera evitó que la encerraran en un corralito y le convirtieran sus haberes en pesos desvalorizados. Por un tiempo se sintió segura, ya que iría cambiando sus dólares de a poco y así podría vivir con relativa tranquilidad los años que le quedaran por vivir. Pero a los pocos meses leyó en los diarios que el dólar también perdía su valor frente a otras monedas, y en particular con relación a la moneda europea.

Le confirmé el diagnóstico y le agregué un pronóstico aun más severo: el dólar seguiría perdiendo su valor aunque era difícil estimar si lo haría en forma gradual o

² Es muy probable que en el futuro el dólar deje de ser la única moneda de reserva. La economía mundial pasará a un sistema tripartito de monedas-reserva: el dólar, el euro y el yuan. Ese sistema se correspondería con una nueva “multi-polaridad” geopolítica que ha sido ya anunciada por el presidente francés.

³ El pensamiento de doña Rosa no estaba lejos de la realidad. En los EEUU, la unidad familiar promedio desembolsa el 13% de sus ingresos, después de pagar impuestos, para servir sus deudas. La gran mayoría lo dedica a pagar hipotecas y préstamos de automotores, pero además, cada familia debe un promedio de \$8,000 en deudas de tarjetas de crédito, que acarrear intereses mucho más elevados. Lo que está en juego es nada menos que el futuro de la clase media norteamericana, que es el pilar principal de la identidad nacional. Hoy, más del 75% de los ingresos de una familia de clase media está dedicado a afrontar gastos fijos (hipoteca, préstamos por vehículos, cuidado de los hijos, seguro de salud e impuestos) comparado con sólo el 50% de sus ingresos treinta años atrás.

abrupta, como era difícil saber hasta cuándo continuaría su descenso⁴. Le aconsejé que pasara parte de sus reservas del dólar al euro, y que colocara esa plata en títulos europeos, a un plazo de cinco años. Dada su edad avanzada, me pareció que era un período prudente, ya que el pronóstico económico es parecido al pronóstico meteorológico: sabemos que hay riesgo de mal tiempo, pero no estamos seguros si las nubes que se asoman en el horizonte anuncian una tormenta pasajera o un ciclón tropical. Volví a mi cuento marinerero: conviene mantenerse a resguardo en buen puerto, tomar las medidas del caso, y esperar.

Le aclaré, eso sí, que esta vez no se trata de una tormenta aislada en la periferia, sino un desequilibrio mundial, con base en el Pacífico, pero cuyas primeras graves perturbaciones se manifiestan en el Atlántico. Por medio de la compra de títulos y bonos, países como China, Japón y otros en Asia, le prestan dinero a los Estados Unidos para que éstos mantengan su alto nivel de consumo y así absorban el gran excedente productivo del Asia. Las bajas tasas de interés en los Estados Unidos permiten a los ciudadanos endeudarse para consumir, a través del crédito comercial, personal, e hipotecario. Hasta ahora, ese flujo desequilibrado se ha mantenido sin demasiados sobresaltos, con inflación baja y dinero barato. Pero, inexorablemente, se producen dos fenómenos simultáneos en los polos del sistema, tal como indica el diagrama que le dibujé a doña Rosa. Por un lado, se desarrollan las economías asiáticas, y crece un gran excedente productivo en ese sector del Pacífico. En el otro lado del océano, se acrecienta el endeudamiento público y privado, y se crean burbujas de capital ficticio⁵, como por ejemplo, el aumento de valores inmobiliarios, en su mayoría hipotecados.

⁴ Mi propia estimación es que, por el momento, la Reserva Federal norteamericana dejará que el dólar siga perdiendo valor, pese a las reticencias de la banca central europea y la banca del Japón. Cuando llegue a un piso de US\$1,40 por euro, la presión política sobre una intervención coordinada de los bancos centrales del Norte se tornará más fuerte. Pero no hay que descartar un descenso todavía mayor, hasta una tasa de US\$1,70 por euro.

⁵ El concepto de “economía ficticia” fue presentado por el estratega chino Wang Jian en un artículo publicado en 2003 en el periódico The Value of Singapore, titulado “The American War: A Chinese View.”

Esta espiral ascendente es peligrosa, similar a la etapa inicial de formación de un ciclón. El desequilibrio produce presiones sobre el dólar, que apuntan a su devaluación. Los países asiáticos se resisten a revalorizar sus monedas, pues esto acarrearía la subida en los precios de sus productos, y por lo tanto, una disminución de sus exportaciones, amén de una merma importante en el valor de sus títulos denominados en dólares. Con buen sentido, aconsejan que los Estados Unidos reduzcan su déficit fiscal; en otras palabras, que el gobierno de la gran potencia gaste menos. Pero, dada la política internacional de los Estados Unidos, y en particular, los enormes gastos militares, esa solución de sentido común se vuelve problemática. “La guerra es cara, y más cara aún si no se sacrifica el consumo,” le dije a doña Rosa. El gran dilema geopolítico norteamericano se resume en pocas palabras: consumo endeudado + guerra sin mayores sacrificios= crisis financiera en cadena.

“Pero tarde o temprano alguien deberá pagar los platos rotos,” dijo doña Rosa con buen sentido. “Por el momento —le contesté—son los europeos los primeros en sentir las consecuencias.” Con una moneda encarecida, verán mermar sus exportaciones y disminuir su crecimiento económico. De esta manera, a la oposición europea a la política exterior unilateral y agresiva de los Estados Unidos, se sumará el resentimiento económico.

El corolario geopolítico es claro y no muy halagüeño. La gran alianza atlántica que surgió después de la segunda guerra mundial se está resquebrajando. Pero esta tormenta atlántica que hoy se anuncia, grave de por sí, no tiene el efecto devastador que puede alcanzar un tifón en el Pacífico. Este podría desencadenarse el día en que Japón y China pasen sus reservas a otras monedas, y sus inversiones a otros mercados.

Doña Rosa quedó un poco perpleja y prometió, por el momento, pasarse al euro. Lo que no le dije a la anciana es que la crisis financiera y monetaria puede desencadenar

una segunda gran depresión mundial. No quería preocuparla demasiado en sus últimos años de vida.

* * *



Capítulo 2

Los grandes nubarrones

Resumen

La crisis económica desatada en los EE.UU. comenzó por un sector de la economía para transmitirse con rapidez a otros sectores y a los mercados globales. Este contagio es síntoma de un desequilibrio en las bases del sistema, cuya causa es un crecimiento insostenible basado en el consumo endeudado y la especulación. La inevitable y dolorosa corrección es sin embargo una oportunidad para reafirmar los principios básicos del desarrollo sano, que no son sólo económicos sino también principios morales.

La crisis económica norteamericana, que comenzó con la insolvencia de los tenedores de hipotecas inmobiliarias más modestos, es decir en un rincón de la economía, se extendió con gran rapidez a todo el sector financiero, provocó una caída precipitosa de un dólar ya debilitado, y terminó por producir malestar y desconfianza – sobre todo incertidumbre—en todos los mercados globales. Cuando una pequeña causa produce grandes efectos, la desproporción misma es síntoma de que las grandes estructuras subyacentes son más endebles de lo que normalmente pensábamos.

Dentro de los Estados Unidos ya no se habla más de un “aterrizaje suave”: estamos en pleno aterrizaje forzoso. Las dificultades económicas afectan ya a sectores bastante elevados de la sociedad. La bolsa de valores hace piruetas pero deja un saldo neto negativo. El dólar pierde valor día a día, aunque a veces oscila hacia el otro polo cuando la libra esterlina o el euro registran el agravamiento de la misma crisis en Europa. La crisis hipotecaria se ha transformado en pánico colectivo. Y si esto fuera poco, de acuerdo con las apreciaciones de los economistas Joseph Stiglitz y Linda Bilmes¹, la desastrosa guerra de Irak tiene un gasto total estimado en 3 millones de millones.

En Washington ya no se escucha el canto de sirenas republicanas que prometían hacia adentro la prosperidad sin sacrificio, el gasto incontenido, la disminución y hasta la exención lisa y llana de los impuestos, y hacia fuera la prepotencia universal, para

terminar proclamando *urbi et orbi* el gran mandamiento de la época, que repetía un motete insolente del siglo 19 francés: *Enrichissez-vous messieurs!*

Se han ido pinchando, una a una, las distintas burbujas especulativas (termina por pincharse el *boom* de las *commodities*: metales, hidrocarburos, carnes y granos, que afectará muy mucho a los países del Sur). Disipadas las burbujas, se puede ver con claridad una realidad más sobria, que ha sido escamoteada por la cháchara ininterrumpida de los medios masivos de comunicación.

Piense por un momento el lector que de los 300 millones de personas que hoy habitan el suelo norteamericano, 37 millones (muchos de ellos niños) viven en plena pobreza. Estos son los indigentes. Sumemos a ellos todos los que viven con ingresos anuales que oscilan entre los 20.000 y los 40.000 dólares (para una familia tipo de cuatro personas): otros 60 millones. El resultado es asaz desagradable: en un país que dice ser el más rico del mundo, casi un tercio de la población vive, o en la indigencia, o muy cercana a la pobreza. La expresión “cercano a la pobreza” no es un eufemismo. Todos aquéllos con ingresos anuales inferiores a los 40.000 dólares tienen empleos precarios, con salarios que no aumentan al ritmo de la inflación, y con escasa cobertura médica. Se les hace cada día más difícil afrontar los gastos de comida, de salud, de combustible, de transporte, y de educación para sus hijos. Este tercio de la población es presa del miedo: miedo al futuro, miedo a la globalización, miedo a los extranjeros, miedo a los inmigrantes. El sufrimiento y el miedo son legítimos, pero son también campo de cultivo de movilizaciones demagógicas.

Ese miedo que surge del fondo de la sociedad ya está alcanzando a los sectores medios --es decir, aquéllos cuyos ingresos anuales oscilan entre los 50 y los 100 mil dólares. Estos estratos, que constituyen la proverbial clase media norteamericana, han sido objeto de algunos estudios sociológicos, pero en general no han recibido la atención pública que se merecen. Me atrevo a arriesgar el siguiente diagnóstico: la clase media --figura emblemática de la civilización del Norte-- está sujeta (1) a una fuerte compresión social, y (2) a un descenso colectivo intergeneracional sostenido. Aclaro qué significa esto en los párrafos que siguen.

Hace cincuenta años, los norteamericanos de clase media podían contar con trabajos satisfactorios y seguros, con perspectivas de importantes mejoras salariales y con la esperanza de un futuro aun mejor para sus hijos. Podían contar con una casa agradable en los suburbios, uno o dos automóviles familiares, una hipoteca amortizable en 30 años, y una jubilación sin angustias al final del recorrido. Normalmente trabajaba

un solo adulto del grupo familiar (promedio: 4 personas). Hoy esos trabajos se han hecho escasos.

Para hacer frente a esta escasez de trabajos buenos y seguros, la clase media tuvo que utilizar otras estrategias. En el grupo familiar tipo, de un solo adulto en el mercado de trabajo se pasó a dos. Esposas y madres se pusieron a trabajar. Como en general al mal tiempo se le pone buena cara, esta necesidad del doble empleo se vio como un progreso en la igualdad de los sexos, y como una liberación de la mujer de sus roles tradicionales en la familia. Sin embargo, la dura realidad era que se necesitaban dos empleos donde antes bastaba uno solo para mantener el mismo tren de vida.

También hombres y mujeres empezaron a trabajar más horas y a tener vacaciones más cortas. En algunos casos, tuvieron que barajar simultáneamente varios empleos. En suma: todos tuvieron que marchar más rápido para mantenerse en el mismo lugar. La imagen que me viene en mente es la de toda una clase social puesta a correr en un gimnasio. Los economistas celebraron el hecho al constatar un aumento de la productividad: otra vez al mal tiempo buena cara.

Finalmente individuos y familias recurrieron al crédito personal e hipotecario para mantener el estilo de vida al que estaban acostumbrados. En vez de ahorrar, se endeudaron cada vez más. El sueño norteamericano se empezó a pagar en múltiples cuotas. Todos estos factores, en su conjunto, conforman lo que he llamado “la compresión social de la clase media.” Esta compresión lleva, a su vez, a la sospecha o el temor de que sus hijos no van a tener una vida más holgada ni un porvenir más prospero o seguro. Tal es el significado de lo que llamo “descenso intergeneracional” --un pesimismo inédito en una clase social tradicionalmente abocada a la idea de progreso en todos los órdenes.

Más arriba, en el sector de la sociedad que podemos llamar dirigencia, elite del poder, o clase dominante, se ha producido en los últimos años un cambio de hábito notable y alarmante. Se piensa (y se invierte) menos en el interés del país o del sistema en su conjunto que en el beneficio inmediato o a corto plazo. Las políticas públicas de la última década se han caracterizado por una gran transferencia de riqueza “hacia arriba,” una sistemática disminución de la carga impositiva a los sectores más pudientes, y un endeudamiento nacional enorme. En última instancia se ha hecho una transferencia de todos los grandes problemas colectivos --que van desde la contaminación ambiental, al envejecimiento de la infraestructura, al sistema jubilatorio,

a la salud pública, y al pago de intereses sobre la deuda-- del presente al futuro, es decir, de los que viven hoy a los que vivirán mañana.

No debe sorprendernos si estas políticas son vistas cada vez más con rechazo por varios sectores de la población (entre los que me cuento), porque han ido en contra de un principio básico del desarrollo humano, que significa algo más que el vivir uno mismo en plenitud (objetivo muy loable). Significa también asegurar que los que nos sucedan en el camino de la vida vivan tan bien o mejor que nosotros. Desde un punto de vista económico, este objetivo tiene un nombre: *sostenibilidad*. Desde un punto de vista moral se llama *solidaridad intergeneracional*. Son dos caras de una misma moneda, y es esa moneda precisamente la que está en juego en los Estados Unidos del año 2008.

Las categorías económicas son también categorías morales. Adam Smith, el fundador de la economía moderna, no enseñaba “ciencias económicas” en su Escocia natal. Daba cátedra de “filosofía moral.” Consideraba que su mejor libro no era *La riqueza de las naciones*, obra que lo hizo famoso, sino un tratado que tituló *Teoría de los sentimientos morales*. Con esta venía que nos da la economía clásica de Smith, podemos decir que “invertir” significa “dar algo al futuro.” Por el contrario, endeudarse significa “sacarle algo al futuro.” Como vemos, de esta simple oposición conceptual económica surge inmediatamente una disyuntiva moral.

Cuando decimos que el alto nivel de endeudamiento público y privado es “alarmante”, queremos decir que, a lo largo de por lo menos una generación, los norteamericanos han estafado a su propio futuro para vivir sólo en el aquí y el ahora. (Los argentinos que lean estas líneas reconocerán muy bien el tema.) El desarrollo económico depende del nivel de inversiones tanto en capital físico (tecnología, infraestructura, sistemas y máquinas) como en capital humano, que no es otra cosa que nuestros conocimientos y nuestra buena salud. Cuando, en vez de invertir en estos dos tipos de capital, se descuida la infraestructura física y humana, se “comprime”, agota y desmoraliza a la fuerza laboral (la clase social en el gimnasio). Se cae entonces en la tentación de disimular el caso con la ilusoria riqueza de plata prestada. Pero por esa vía un país termina robándose y engañándose a sí mismo, y deja un fardo muy pesado a sus descendientes.

Hoy se ha llegado al fin de una gran ilusión: vivir de prestado en base a un capital ficticio. Las tarjetas de crédito llegaron a su límite, las hipotecas hay que levantarlas, la propia casa vale menos que lo que se pidió prestado por ella, los

extranjeros son reacios a dar crédito a cambio de bonos del tesoro, porque reciben pagarés en moneda devaluada. Por añadidura, una guerra mal pensada y mal ejecutada absorbe recursos cada vez más cuantiosos. En resumidas cuentas, ¿quién paga el despilfarro y los platos rotos? La puja por la cuenta y el remedio ha comenzado.

Toda crisis aguda es también una oportunidad. Es sobre todo la ocasión de un gran sinceramiento colectivo. Es por ello que, en medio de una crisis, muchos que eran víctimas del disimulo o de la mala fe, se sienten en el fondo liberados. La verdad, aunque sea dura, es también una catarsis. Hoy la catarsis comienza por reconocer que un país —desde el más poderoso al que lo es menos— sale adelante con una fuerza de trabajo educada, calificada, y dignificada, con un alto nivel de inversiones en infraestructura y tecnología que aseguren una larga cadena de empleos, y con un sistema impositivo justo y progresista que efectivamente recoja los recursos necesarios para pagar servicios de gobierno. Después de tantos años de locas ilusiones, algunos consideran esta perspectiva como un “rudo despertar.” Pero no es así. Bien mirado, éste es también un sueño: un sueño sano, que siempre se llamó el sueño americano. Los tiempos traerán nuevos liderazgos y una preafirmación de antiguos valores, hasta hoy envilecidos.

* * *



Capítulo 3

Las Dos Caras de la Crisis

Resumen

□□(Wei ji). *En el idioma chino, la palabra significa, por su primer carácter “crisis” y por su segundo “momento oportuno o crucial”. ¿Qué oportunidades presenta la actual crisis económica mundial? ¿Qué tipo de soluciones se perfilan en el futuro inmediato y mediato? ¿Bajo qué manto y qué pretextos surgirán las soluciones? Adelanto una respuesta provisoria: de esta crisis no surgirá un nuevo “modelo” económico y social sino una nueva **sinergia** de sectores.*

Igual que una moneda, la crisis planetaria que nos afecta tiene dos caras. “Ceca” es la faz donde se lee el valor de la pieza –en este caso se trata de todos números negativos: ocupación, actividad económica, beneficios, ahorro, valores bursátiles, crédito disponible, precio de las exportaciones, etc. La otra faz de la moneda –la verdadera “cara”—es una efigie, rostro o figura. Aquí bien puede verse un rostro serio pero esperanzado. Esta doble faz no es una novedad; por el contrario, se trata de una viejísima convención numismática. Pensemos pues en los antecedentes de otras crisis.

La gran depresión de los años treinta (originada ella también en los Estados Unidos) fue no sólo un periodo de sufrimiento y desocupación; fue una de las épocas mas fértiles en materia de innovación social. Como respuesta a la crisis económica y social de aquella década, se levantó una oleada de programas novedosos. Muchos de ellos se transformaron en sólidas instituciones que nos protegen hasta hoy en día. La Seguridad Social (el programa nacional de jubilaciones de los Estados Unidos), la Comisión de Intercambio y Valores Bursátiles (SEC), y la Corporación Federal Aseguradora de los Depósitos Bancarios, (FDIC) son organismos de defensa social destinados a proteger los ahorros, las transacciones y la tercer edad, es decir vejez de las personas. Fueron instituidos para que no se repitiesen los efectos catastróficos de un

crack bursátil seguido de una espiral deflacionaria. Sin ellos, los depósitos bancarios de los principales países estarían hoy bloqueados o perdidos, la desocupación llegaría al 25% de la fuerza de trabajo, y los jubilados se quedarían sin techo, sin comida y sin atención médica. En otras palabras, la situación mundial del 2008-9 se parecería a la situación argentina del 2001-2. Otros programas de la época de la gran crisis del 30, como la Administración de Obras Públicas (WPA) y la Administración de Recuperación Nacional (NRA), fueron dados de baja no bien la economía estadounidense comenzó a recuperarse.

En otro artículo venidero me ocuparé del programa de obras públicas norteamericano de mayor envergadura –aquél que hizo salir a esa economía de su depresión en forma definitiva. Me refiero a la movilización de la producción industrial masiva durante la Segunda Guerra Mundial. Sería absurdo y perverso recomendar una repetición del *casus belli* en el siglo XXI, y por suerte, el modelo de producción post-industrial y la globalización de las economías frenan la posibilidad de semejante movilización. Pero no debemos olvidar que fue la guerra la que literalmente destruyó el excedente no realizable, eliminó la capacidad ociosa de la industria, creó plena ocupación de la fuerza de trabajo, e hizo que los Estados Unidos emergieran del conflicto 300 veces mas ricos que al comienzo, lo que aseguró su hegemonía mundial por mas de cincuenta años. La experiencia es irrepetible, y es bueno que lo sea. Pero muchos de los programas sociales de los años venideros se pondrán en movimiento bajo el manto de la “seguridad global” frente a catástrofes naturales y a la violencia desorganizada con focos locales pero con ramificaciones planetarias. Este argumento es un anticipo de las tesis que estoy desarrollando en un libro sobre el futuro de las guerras.

La opinión actual entre economistas (con todas las reservas del caso, ya que el poder de predicción de esos señores es igual al de mi finada tía Emilia, que usaba hojas de te) es que la economía global no ha de hundirse tanto como la de los años treinta. Sin embargo, el colapso del sistema financiero y crediticio es tan real ahora como entonces. Las repercusiones, que recién se hacen sentir, van a ser dramáticas. Algunos de los efectos inmediatos son obvios y visibles: pérdida de fuentes de trabajo, miles de familias expulsadas de sus hogares por no poder pagar las cuotas hipotecarias, y un sinnúmero de ancianos con ingresos fijos obligados a comer poco o a volver a trabajar, ya que sus aportes privados a cajas jubilatorias se han evaporado, por estar invertidos en valores bursátiles.

Los efectos de largo alcance de la crisis son menos visibles, pero tal vez más importantes: habrá una nacionalización por lo menos parcial del sector bancario, una mayor regulación de los flujos de capitales, sobre todo de los flujos financieros, un mayor control público de la economía, y un gran aumento en la demanda de servicios sociales, como contrapartida de la caída a pique de la demanda de bienes y servicios privados y transables. Habrá mayor demanda de los servicios del llamado “tercer sector” –organizaciones sin fines de lucro, que van desde las fundaciones privadas, a las iglesias y las ONG. Pero al igual que en el sector empresarial y privado, aquí también se producirá una gran consolidación, concertación y tal vez concentración de recursos, dada la escasez de medios.

Como he señalado en el capítulo anterior, ya se ha visto a gobiernos que hasta hace pocos meses comulgaban en el templo neo-liberal y veían en la intervención estatal un mal a conjurar, tomar medidas que en otras épocas se calificaban de estatistas y hasta socialistas. En los Estados Unidos, nada menos que la administración del presidente George W. Bush, enteramente comprometida con la doctrina neo-liberal tuvo que dejar de lado sus creencias en el mercado libre y en la ausencia de regulación, hizo un giro de 180 grados e intervino profunda y extensamente en los mercados y en la economía en general. Distribuyó paquetes de rescate financiero a bancos, compañías de seguros y otras instituciones financieras, y además añadió cláusulas de condicionalidad de corte “nacional y popular” como ser un tope a la compensación de los ejecutivos.

A nivel provincial y local, los gobiernos de los estados también tomaron medidas inusuales en los EE UU. En la ciudad de Chicago, el comisario del condado de Cook dio órdenes a sus subordinados de no expulsar de sus casas a familias morosas en el pago de sus hipotecas. ¡De la noche a la mañana Chicago se volvió una ciudad “justicialista”! Lo que nadie sabe es si estas medidas compensatorias lograrán frenar la caída de la actividad económica (hasta ahora las autoridades están “tocando de oído”).

Entramos en una época de miedo e incertidumbre, pero también en una época de oportunidades. Es en medio de una gran crisis cuando la gente busca soluciones novedosas, ideas nuevas acerca de cómo organizar, administrar, y gobernar la sociedad y sus instituciones. Para nosotros se abre una oportunidad inmensa de explorar métodos de innovación social. Es la parte buena de la lección que debemos sacar de la gran depresión de los años treinta.

El público en muchísimos países ya está cuestionando cuál es el papel correcto del gobierno, la responsabilidad del sector empresarial, y la misión que corresponde al

sector civil no gubernamental. Llegó el momento de preguntarse, a nivel colectivo, ¿cual es nuestra definición del “éxito” económico?, ¿por qué se supuso entre muchos que la reglamentación pública de la actividad económica era “mala” porque afectaba a la libertad de empresa? ¿Libertad para hacer qué? ¿Puede acaso el mercado, librado a sus propios criterios, asegurar el bienestar social, sobre todo en materia de salud y de educación?

Las repuestas que se den a estos interrogantes no significan necesariamente que debamos marchar hacia un súper “New Deal” (modelado según las políticas públicas de la presidencia de F.D. Roosevelt desde 1932 hasta 1945). La experiencia de los últimos 50 años ha demostrado que la responsabilidad por solucionar los problemas sociales no cae única y exclusivamente en el sector público. Pero los acontecimientos de este último año también demuestran que el sector privado no tiene todas las respuestas tampoco.

Frente a nosotros se abre un periodo de experimentación concertada entre tres sectores de la sociedad: el sector privado, el estado, y el sector no gubernamental. Cada uno de ellos sabe hacer bien ciertas cosas, pero no todas. Determinar cuáles son, y sobre todo, cómo se combinan, será tarea de todos de hoy en mas. La solución de la crisis no está en soluciones unidimensionales y monolíticas, sino en una estrategia nueva, a la que daremos nombre: sinergia.

* * *



Capítulo 4

La tormenta

Resumen

Por fin hemos entrado en la segunda Gran Depresión del mundo capitalista. Este capítulo pretende dar una idea de las cifras y de la velocidad de la caída en la actividad económica, pero sobre todo, una idea de la destrucción de riqueza en el mundo. Queda por ver si la acción concertada de los distintos gobiernos lograra frenar la caída y quedan por ver y analizar las consecuencias geopolíticas del descomunal desbarranco.

Vivo a diez cuadras de Wall Street. Me corresponde presenciar un derrumbe económico que por su magnitud no tiene precedentes, aunque si hay algunas lecciones de las que aprender en la memoria histórica de la crisis bancaria norteamericana de 1907, la gran crisis financiero/económica de 1929-32, y mas recientemente, del colapso de la segunda economía mundial –el Japón-- en la década del 90.

Pero esta crisis es la mayor de todas. A diferencia de la crisis japonesa, está es una crisis sincronizada global. A diferencia de la Gran Depresión de 1929-32, la magnitud de la presente crisis es muy superior. Estamos frente al colapso del proceso de globalización mas reciente, y nos percatamos que la economía globalizada estaba centrada efectivamente no solo en los Estados Unidos, sino mas precisamente en el barrio de Wall Street, y que ese centro era igual al centro de una rosca de Pascua, o, en la jerga neoyorquina, igual al de un *bagel*, es decir, a un agujero.

Es una crisis que por su propio volumen, y por la dinámica específica del sistema capitalista, se enfrenta a las personas como una catástrofe sobrenatural, mas allá de todo control humano. Frente a este fenómeno, los distintos gobiernos del planeta se aprestan a dar batalla con las herramientas fiscales y monetarias que tienen a su disposición. Pero si ésta es una batalla, no se trata de dos ejércitos normales enfrentados, sino de una lucha desigual, como las de la ciencia ficción –algo así como “La Guerra de los Mundos” en su versión novelada (H.G. Wells, 1898) o radiofónica (Orson Welles, 1939). Se enfrentan, por un lado, la contracción económica mas aguda

desde 1980, la onda deflacionaria mas fuerte desde la Gran Depresión, la caída inmobiliaria mas grande de la historia, y el mayor record de quiebras financieras de todo el repertorio económico. Frente a estos monstruos se apertrechan nuestros dirigentes con la combinación mas audaz de emisión monetaria, de rescates gubernamentales, y de planes de estímulo que se haya jamás ensayado.

La mayoría de los políticos y de los economistas esperan que las fuerzas de defensa logren frenar o desarmar al monstruo que tienen enfrente. Esperan que los gobiernos y sus dirigentes rescaten prácticamente a todas las grandes instituciones que están naufragando en este momento; que impriman dinero en forma casi indiscriminada para financiar cuanta mala decisión hayan hecho los grandes bancos, las grandes compañías de seguros, y las grandes industrias manufactureras; que salgan a manotazos de la actual parálisis financiera y crediticia sin considerar sus causas; que mantengan un altísimo nivel de deuda publica (interna y externa) por tiempo indeterminado; y que superen la deflación con la inflación.

En la urgencia del trámite, no se detienen a considerar que una vez desatada, la inflación es muy difícil de frenar; que puede muy bien destruir el valor de la moneda; y que a la larga puede condenar el capitalismo a una desagradable agonía.

Otros —los menos pero los mas ortodoxos— piensan que esta estrategia (que es la que comenzó a utilizar la administración Bush en sus postrimerías y que seguirá con mas ahínco la nueva administración Obama) es optimista a corto o mediano plazo, pero fatal en el largo. En otras palabras, el éxito de esta estrategia, si éxito ha de tener, será de corto aliento. Consideran que, con todo su armamentario, las fuerzas de intervención no lograrán ninguno de los objetivos que se proponen, a saber:

- No lograrán revertir la liquidación de malas deudas, por tanto tiempo postergada
- No lograrán frenar la reducción necesaria en el costo y el nivel de vida
- No lograrán crear una salida inflacionaria y hacer bajar el valor del dólar
- No lograrán postergar la hora del trabajo duro y del sacrificio
- No lograrán proteger la ineficiencia y desincentivar la innovación
- No lograrán institucionalizar la mediocridad en aras de la seguridad

El Congreso norteamericano acaba de aprobar, en la Cámara Baja, un programa de estímulo de mas de 800 mil millones. Pero el Departamento del Tesoro al mismo tiempo ha reconocido el fracaso de su programa anterior de 700 mil millones (TARP),

destinado a inyectar dinero a la economía, a través del vapuleado sector financiero. En las primeras escaramuzas de la batalla, los mejores planes de intervención han sido neutralizados por ese gran enemigo que se llama Deflación.

La deflación no es sólo una caída de los precios. Por supuesto que tal caída está ya en marcha, como me consta en los saldos y reducción de precios y tarifas en casi todos los negocios por los que paso cada día. La deflación es algo más: significa en caso extremo una *destrucción de riqueza*. Si nos adentramos en el tema, por supuesto surgen las dudas. Cabe entonces preguntarse con él: ¿Es riqueza lo que se genera "artificialmente" con puro loco endeudamiento? Tal vez la respuesta de mucha gente sea que sí porque efectivamente más ladrillos o intangibles fueron generados. Los contadores que suelen ser más conservadores en sus apreciaciones contestarían que no porque los pasivos que sustentarían esa alocada generación de activos son mayores que los propios activos y, desde la perspectiva de la contabilidad, el patrimonio neto sería negativo. ¿Será que riqueza son los activos sin importar la naturaleza y dimensión de los pasivos (puerta de entrada a muchas de las presentes "burbujas" sectoriales) o, por el contrario, se asociaría mejor el concepto de riqueza al de patrimonio neto?

Pero lo cierto es que en este momento tal destrucción avanza a paso acelerado y la sentimos todos los ciudadanos en nuestra más íntima cotidianidad. En contraste con este ritmo destructor, las medidas de gobierno —a pesar de su premura— se mueven a una velocidad menor. Los paquetes de rescate más osados son mucho más pequeños que las riquezas que se “quema” día a día. Y para mayor preocupación, los gobernantes no saben cómo hacer que los dineros que prodigan lleguen a manos de quienes realmente los necesitan. En esta “Guerra de los mundos” las fuerzas de defensa tienen armas de menor calibre que las del enemigo. Hagamos el recuento:

En primer lugar, la destrucción de riqueza es varias veces superior al tamaño de los rescates más dispendiosos. Cada trimestre, la Reserva Federal de los EE.UU. publica en minucioso detalle la riqueza nacional en cinco categorías: valores inmobiliarios, valores corporativos, acciones de fondos mutuos, las reservas de pensiones y seguros, y finalmente los haberes de organizaciones no-gubernamentales sin fines de lucro, como ser, entre otras, las universidades, las iglesias, y las fundaciones. Su tabulación, basada en la publicación de la Reserva Federal titulada *Flujo de Fondos*, es la siguiente:

Cuadro 1
Destrucción masiva de la riqueza en los EE.UU.
2007-2008.

Fuente: Federal Reserve, Flow of Funds (en miles de millones de dólares)

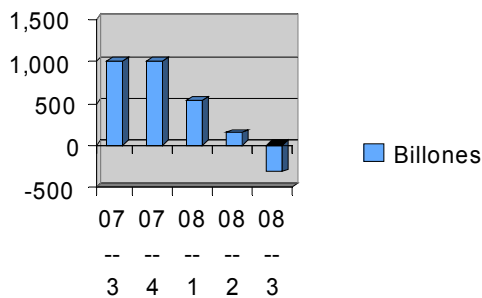
Trimestre	07 -- 1	07 -- 2	07 -- 3	07 -- 4	08 -- 1	08 -- 2	08 -- 3
Por sector:							
1 Valores Inmobiliarios	-53	-190	-496	-708	-662	-217	-647
2 Empresas Corporativas	530	633	78	-377	-911	-247	-922
3 Fondos mutuos	84	202	96	145	-297	-24	-523
4 Reservas de Pensiones	83	438	83	-265	-832	-132	-653
5 Instit. sin fines de lucro	127	101	48	0	-32	-10	-128
Totales	782	1.184	-190	-1.495	-2.734	-630	-2.872
Total de pérdidas = 7.921 billones (millardos)							

Este cuadro muestra bien cómo en el primer trimestre del 2007 los hogares empezaron a perder dinero en el sector inmobiliario. Es el comienzo de la llamada crisis hipotecaria *subprime*, unos 53.000 millones. En el segundo trimestre, las pérdidas se abultaron hasta llegar a 190.000 millones, bajaron un poco en el tercer trimestre (496.000 millones) y volvieron a subir el último trimestre, a unos 708.000 millones. En este último periodo la destrucción de riqueza se trasladó a los otros sectores: valores bursátiles, seguros de vida, reservas de pensiones jubilatorias. Las pérdidas ya sumaban un trillón y medio de dólares (un trillón es un millón de millones, es decir 10¹²). La tendencia se aceleró en el 2008. Las familias perdieron otros casi tres trillones de valor inmobiliario en el primer trimestre y siguieron perdiendo en el segundo, a pesar de un estímulo económico, para volver a los casi 3 trillones de pérdidas en el tercer trimestre. ¡Para fines del año pasado, las pérdidas inmobiliarias sumaban casi 8 trillones! Esta cifra es 8 veces el valor del paquete de estímulo propuesto por Obama y 11 veces el valor del primer paquete de rescate del Tesoro (el programa TARP del Secretario Paulsen). En los últimos meses, el gobierno ha dedicado nuevas y cuantiosas sumas a nuevos programas de garantías, para evitar la bancarrota de grandes instituciones. Pero dinero garantizado no es dinero gastado. Mientras escribo estas líneas hay gran ansiedad por evitar la quiebra de nada menos que Citibank. Creo que no habrá otra solución que la nacionalización lisa y llana de Citibank y tal vez también de otros gigantes de la banca privada, que se metió en camisa de once varas.

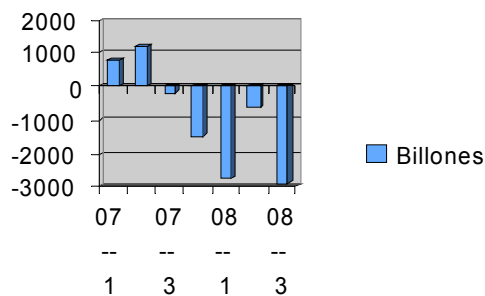
En segundo lugar, la liquidación de deuda privada —la fuerza deflacionaria mayor que existe— ya ha comenzado. Durante varias décadas hemos visto la acumulación de deudas en la economía norteamericana, hasta llegar a niveles insostenibles: montañas de prestamos, pagares, bonos, hipotecas, tarjetas de crédito y papel interbancario se acumulaban año tras año. Pero en el tercer trimestre del 2007 todo cambió de repente. Empezó con la liquidación de deuda a plazo corto en los mercados interbancarios y en el mercado de deuda corta entre corporaciones (papel comercial). Luego la liquidación se extendió al sector hipotecario y a los bonos. En el tercer trimestre del 2008 hubo ya una liquidación en masa. Los cuadros 2 y 3 darán al lector una idea del proceso:

Cuadro 2
Colapso de la deuda hipotecaria en los EE.UU.

Fuente: Federal Reserve, Flow of Funds, Table F4, Credit Market Borrowing



Cuadro 3
Aceleración de la destrucción de riqueza en los EE.UU. 2007-2008. Pérdidas en miles de millones de dólares.



Se trata de algo mucho mas serio que una estrangulación del crédito, que es una disminución en la creación de deuda nueva. Aquí estamos frente a la destrucción de deudas impagas, que se dan por perdidas. El proceso está a la vista en los pueblos y ciudades norteamericanas: cae el precio de las casas; hay ejecución en masa de hipotecas, y los bancos acreedores pasan los números de haberes a pasivos, hasta tocar su propia bancarrota. Es un ciclo clásico, diría que casi de manual, de deflación y colapso de deuda, similar al que sucedió entre 1929 y 1932, aunque muchos no quieran admitirlo.

Como si esto fuera poco, ha comenzado la caída de los precios. En los últimos meses los precios de las *commodities* han bajado en forma equivalente a la caída durante la Gran Depresión. El precio del petróleo bajo un 73%, el cobre un 66%, el níquel 73%, el platino 66% y el trigo 64%, para citar solo unos pocos ejemplos.

El Índice de Precios al Productor, que es mas fiable y sensible que el Índice de Precios al Consumidor, baja a un ritmo de mas del 2% mensual. Todo esto se refleja naturalmente en la el desbarranco del Promedio Industrial Dow Jones –el mayor en 75 anos de existencia.

Finalmente, hasta la fecha los programas de gasto gubernamental no han sido suficientes. Como dicen los gauchos, uno puede llevar a los caballos al río pero no puede obligarlos a beber. Las cuantiosas sumas otorgadas a los bancos han quedado en los cofres de los mismos. ¿A quien le van a prestar? Paralelamente, los industriales anuncian despidos masivos y archivan planes de inversión y construcción. Lo hacen porque tienen una gran capacidad ociosa. Recordemos lo que decía Marx: las crisis capitalistas suceden no porque hay poca mercadería sino porque hay demasiada. Hay demasiadas casas que no se venden, demasiada ropa que nadie compra, demasiadas oficinas que nadie ocupa, demasiados shoppings vacíos.

Es probable que la nueva administración Obama inicie una serie de programas de obras públicas masivas, equivalente al WPA de F.D. Roosevelt en 1933. Pero es mas fácil decidirlo que ejecutarlo. El riesgo aquí es la multiplicación de programas inútiles, si hay demasiada premura. Pero si no hay premura la economía prosigue su desbarranco. Es un dilema de hierro el que hereda Obama. Una advertencia histórica: El los años 90, el Japón lanzo un programa de estimulo de 10.7 trillones de yen en agosto de 1992, otro de 13.2 trillones en abril de 1993, 6.2 trillones, 6,2 trillones en septiembre del mismo ano, 15.3 en febrero de 1994, 14.2 trillones en septiembre de 1995, 16.7 trillones en abril de 1998, 23.9 trillones en noviembre de 1998, y 18 trillones

en noviembre de 1999. El total: 118,2 trillones de yen, equivalente a 1,3 trillones de dólares actuales (ajustados en concepto de inflación y del PBI relativo de la economía norteamericana). Todo ese esfuerzo no produjo resultados: Japón perdió una década en crecimiento mediocre o nulo y de baja en el valor de sus acciones. ¿Tuvo mejor suerte el programa de obras públicas y estímulos del presidente Roosevelt en los años treinta? Los estudiosos del tema —entre ellos el Sr. Bernanke, jefe de la Reserva Federal—no están tan seguros. Y prosigue el debate acerca de porque con todos los estímulos la economía norteamericana no salió del pozo hasta el año 1943 (en plena movilización de Guerra).

¿Tendremos mejor suerte nosotros, o habrá que esperar diez años de recomposición económica y social? Es el gran interrogante con el que se abre la presidencia de un hombre nuevo, serio y respetuoso. ¡Vaya regalito que le deja su predecesor!

* * *



Capítulo 5

Capeando el temporal

Resumen

Una gran crisis es también una gran oportunidad para hacer reformas que encarrilen a una economía sobre bases más sustentables. Es lo que está en juego en este momento en los Estados Unidos, en vísperas de una elección presidencial de carácter verdaderamente histórico. El sistema capitalista mundial con centro en los EE.UU. no está agotado, sino en peligro. Pero se trata de un sistema con grandes reservas, enormes ventajas, y una capacidad histórica de apostar fuerte. Llegó el momento de nuevas y radicales políticas de estado. ¿Las llevará a cabo el nuevo gobierno?

“Cosas veredes amigo Sancho que harán hablar a las piedras.” Don Quijote tenía razón. La crisis del capitalismo global estilo siglo veintiuno ha parido ya, como señalé en otro capítulo, un socialismo de rescate, impulsado por los sectores más encumbrados de la elite mundial. Y en verdad algo muy serio está sucediendo cuando los economistas más ortodoxos se ponen a hablar como filósofos hegelianos⁶. Nada menos que el presidente del Banco Mundial, el muy técnico y sensato Mr. Robert B. Zoelick, vaticina, en un artículo publicado en el *Washington Post*, que el mundo en crisis nos ofrecerá, en contrapartida, oportunidades de grandeza⁷. Tesis: un capitalismo dominado por el sector financiero, sin límites ni frenos; antítesis: una crisis catastrófica; síntesis: un nuevo mundo feliz, reorganizado por líderes fuertes y racionales con una economía más sana. Conviene por lo tanto analizar semejante dialéctica, que expresa tanto optimismo en medio de tanto pesimismo. Al final de cuentas, Hegel mismo decía que los conceptos más sublimes son frutos de la existencia, y que la esencia de la existencia es la superación del dolor.

La primera constatación es fácil. A medida que un número cada vez mayor de industrias entran en quiebra, es decir, a medida que la crisis financiero-inmobiliaria se

⁶ Ver Joseph Stiglitz, “How to Get Out of the Financial Crisis,” *Time*, October 17, 2008.

⁷ Robert B. Zoelick, “A World in Crisis Means a Chance for Greatness,” *The Washington Post*, October 26, 2008.

transmite a la “economía real,” y frente a la impotencia de los bancos y de los organismos multinacionales, se acentúa la tendencia a regular mercados, a nacionalizar empresas, y a acercarse cada vez más al proteccionismo, es decir a alguna versión del nacionalismo económico. Cualquiera sea la forma en que estas tendencias se expresan en distintos países y regiones, la conclusión es clara: el modelo neo-liberal ha pasado definitivamente a la historia. Lo reemplaza --en silencio, sin proselitismo ni proclamas ideológicas—un modelo pragmático, de corte “chino” (en el sentido de Den Xiao Ping), estatizante y regulador, sin llegar todavía a ser planificador. Así como el modelo neo-liberal produjo una verdadera revolución en la división del trabajo a nivel planetario, pero sobre una base especulativa y endeble, al nuevo modelo le tocará reordenar las cosas y crear otro equilibrio, sobre una base más sostenible, que hará posible, a su vez, iniciar una nueva etapa de acumulación.

La segunda constatación es más difícil, porque va en contra del sentido común, o mejor dicho, contra la histeria del momento. Hay quienes proclaman que la crisis sella el fin de la hegemonía norteamericana, y que el capitalismo *made in USA* deberá compartir poder y beneficios con otras potencias emergentes y resurgentes: los BRICs, y tal vez con otros países con recursos naturales y energéticos. Esa tesis contiene algo de verdad. En efecto los indicadores sociales comparados ponen a los Estados Unidos en desventaja frente a algunos países y frente a su propio pasado, en materia de salud, educación, protección social, transporte, salvaguardia del medio ambiente e infraestructura. Son las asignaturas pendientes de una sociedad que en el último cuarto de siglo ha descuidado su propio capital social y humano mientras traspasaba lo grueso de la producción industrial a otros continentes y cubría el traspaso con déficit y especulación. Fue la gran ilusión de la “plata dulce”: mantener el crecimiento económico con un enorme consumo a crédito “garantizado” por la valorización ficticia de las propiedades. La crisis actual no es sino la corrección drástica y dolorosa de los excesos de aquella fase de acumulación. Pero no es una enfermedad terminal —siempre y cuando se den las condiciones de una salida estratégica. Haré un repaso de esas condiciones.

A pesar de los numerosos títulos que oportunamente ocupan los anaqueles de las grandes librerías comerciales, no se puede paragonar esta crisis con la caída del viejo imperio romano. Colapsos de aquel tipo —el romano—se producen cuando un sistema se expande demasiado y se aleja peligrosamente de su base. Es entonces atacado desde la periferia y retrocede hasta que finalmente, los “bárbaros” (los de afuera) toman el centro

por asalto y lo destruyen. En otras palabras, es un proceso *exógeno y centrípeto*. La crisis global actual en cambio es un proceso *endógeno y centrífugo*: comienza en el centro mismo del sistema, contagia a todo el entorno, y tiene efectos aun mas perniciosos en la periferia. Esta constatación tal vez ayude a entender porqué, en medio del colapso del mercado norteamericano, gobiernos e inversores de todo el mundo corren *hacia* el dólar y no *desde* él hacia otros valores. En esta supuesta “caída” del imperio, los “bárbaros” no asedian al Capitolio sino se refugian en él. ¿Cuál es la magia del dólar, que en vez de provocar la fuga atrae a tanto extranjero, y sobre todo a los gobiernos de aquellos países que supuestamente deberían ‘reemplazar’ el dominio norteamericano?

Desde el famoso “desenchufe” del dólar del patrón oro, por decisión del presidente Nixon en 1971, el mundo ha vivido bajo un sistema de dólar flexible o flotante. Los Estados Unidos se convirtieron en el centro financiero del mundo. La Reserva Federal, que es el banco central norteamericano, pasó a emitir moneda nacional, sin base metálica, como moneda internacional. La Reserva Federal administró desde entonces las tasas internacionales de interés, y emitió títulos del Tesoro que funcionaron como el verdadero respaldo del dólar-moneda-mundial. Esto permitió a los Estados Unidos contraer deuda externa en su propia moneda –un privilegio que ningún otro país ha conseguido y que es casi impensable que obtenga. Hoy casi la totalidad de los pasivos norteamericanos en concepto de bienes y servicios se pagan en dólares. Un sistema de este tipo es a prueba de default: es el único sistema “blindado” en serio en el mundo. El sistema crea una enorme asimetría entre el ajuste externo de los EE.UU. y el de los otros países.⁸ Como sabemos muy bien los latinoamericanos que hemos padecido repetidas crisis de deuda externa, las obligaciones hay que pagarlas en divisas, es decir, en moneda “fuerte” de otros. Para los EE.UU. en cambio, las obligaciones se pagan imprimiendo billetes verdes. Es el caso único de un país que es capaz de determinar la tasa de interés de su propia deuda externa. Para repetir mi constatación precedente, se trata de un sistema circular, centrífugo, casi imbatible, al que tiene que someterse hasta el mayor acreedor, que en este caso es la República Popular China, con reservas internacionales de mas de 2 trillones de dólares. Sólo podré convencerme del principio

⁸ Ver F. Serrano, “A economia Americana, o padrão ‘dólar-flexível’ e a expansão mundial nos anos 2000,” em J.L. Fiori, F. Serrano e C. Medeiros, *O Mito do Colapso Americano*, Rio de Janeiro: Editora Record, 2008.

del fin de la hegemonía norteamericana el día en que este sistema circular basado en el patrón dólar sea reemplazado por otras monedas de referencia. Parece improbable.⁹

Podrá ahora apreciar el lector cómo el sistema-dólar es centrífugo: distribuye la crisis de adentro hacia fuera, del centro a la periferia, y al mismo tiempo impide que se rompan imprevistamente los lazos de la globalización. Es un sistema en el que el acreedor está sujeto al deudor. Esto permite al sistema, hoy en crisis, re-equilibrarse sin perder hegemonía, a condición que haya un buen manejo estratégico en los centros de poder.

Para seguir con el ejemplo chino de acreedor atado a la carroza del deudor norteamericano, el reequilibrio se logrará con el desarrollo más acelerado del mercado interno del acreedor, con mayor consumo, y así con una progresiva liberación de sus reservas de la necesidad de invertir en deuda norteamericana. Para los Estados Unidos, este mismo proceso puede darle tiempo para hacer fuertes inversiones –muchas de ellas “socializadas”–en nuevas tecnologías de punta –muchas de ellas “verdes”–y en una modernización tanto de su infraestructura como de su capital humano.

En el mediano plazo (estas inversiones dan frutos luego de 15 o 20 años) esta estrategia permitirá lanzar una nueva rueda de crecimiento menos especulativo, con menos contenido financiero, y más contenido técnico y científico, es decir, con menos “economía timbera” y más “economía real.” Con un buen manejo de políticas públicas y un buen sentido de estrategia, el nuevo modelo de acumulación llegará justo a tiempo para enfrentar en forma inteligente y productiva (no simplemente defensiva) el desafío medio-ambiental que se cierne sobre un planeta que en pocas décadas contará con más de 9 billones de personas.

Seamos francos: las grandes crisis del sistema global actual se generan dentro del poder hegemónico. Son crisis de exuberancia y no de anemia. En tales crisis el sistema “suspende” sus propias reglas e ideología mientras se reacomoda, para volver a ser el motor-líder de los otros países que participan en la economía mundial. El liderazgo de una potencia se mide no sólo en los buenos momentos de crecimiento y expansión. Se mide también en la intensidad del “dolor” como decía Hegel, y finalmente, en la velocidad de recuperación.

En ese sentido la elección presidencial en los Estados Unidos es la primera prueba de su capacidad de recuperación a través de medidas heterodoxas y novedosas,

⁹ Para entender cómo funciona el sistema, y sus límites, ver el interesante artículo de dos economistas norteamericanos, Maurice Obstfeld y Kenneth Rogoff, “Global Current Account Imbalances and Exchange Rate Adjustments,” *Brookings Institute Papers on Economic Activity* (No.1, 2005), pp. 67-146.

es decir experimentales. Medidas novedosas y radicales son justamente aquellas que nadie quiere tomar en una “época normal.” En “épocas normales” los principales actores políticos y los grupos de interés tienen fuerza para vetar políticas audaces, o simplemente políticas de estado (porque no dan frutos en el horizonte corto de los ciclos electorales). Pero en “épocas de gran crisis” el juego cambia. Los principales actores se sienten paralizados y los grandes grupos de presión se ven necesitados de ayuda. Se trata de un verdadero “estado de excepción” que otorga al gobierno de turno una libertad de acción que antes no tenía. Para ejemplo señalaré que en la gran depresión de los años 30, el presidente Roosevelt promulgó las medidas más audaces (más “socialistas”) de la época en un plazo de 100 días.

Ha llegado la hora de un cambio importante en el equipo dirigente norteamericano, es decir, en el equipo dirigente mundial. La crisis que comenzó siendo financiera ya está pasando a ser una crisis deflacionaria mundial, es decir, una verdadera depresión. El ajuste será doloroso. El nuevo equipo dirigente deberá adoptar políticas de estado de mediano y largo plazo, que son las únicas capaces de preparar el terreno para un liderazgo mundial sostenido en el resto del siglo. El nuevo presidente deberá alzarse por encima de los dos partidos tradicionales y lanzar, con buen equipo, su propio programa de 100 días. Por suerte el presidente Barak Obama está a la altura de las circunstancias. El otro partido y sus candidatos sólo ofrecen recetas de hombres cansados.

* * *



Capítulo 6

El socialismo donde menos lo esperaban

Resumen

La gran crisis global que comenzó en los EE.UU. con el colapso de la especulación inmobiliaria ha hecho necesario acudir al estado para que nacionalice grandes empresas financieras y socialice sus pérdidas. Se trata de un socialismo de rescate “por arriba.” No sabemos si será suficiente para curar al capitalismo de sus excesos, pero parece que asoma en el horizonte un mundo nuevo en el que capitalismo y socialismo serán complementarios.

Cuando se desmoronó la Unión Soviética, y con ella el modelo de socialismo de estado que había alimentado las esperanzas de muchos a lo largo del siglo veinte, un sociólogo ruso amigo me comentó, con palabras que me quedaron grabadas: “La Guerra Fría fue un tango bailado en pareja. Uno de los bailarines se ha caído. ¿Cuándo crees que caerá el otro?” No quedó en claro si se refería a Rusia y a los Estados Unidos, o a los sistemas que ambos representaban: comunismo y liberalismo, o si se prefiere, socialismo y capitalismo. Frente a esa perplejidad, se me ocurrió contestarle con otra pregunta, tal vez un tanto sarcástica: “Según vos, fue el comunismo lo que arruinó a Rusia o Rusia la que arruinó al comunismo?” Ni mi amigo ni nadie hasta ahora han dado respuestas satisfactorias a aquellos interrogantes. Sin embargo, dieciocho años después del fin de la Guerra Fría, la economía norteamericana está sufriendo una crisis tan severa que pone en riesgo a todo el sistema capitalista mundial.

No se ha visto semejante colapso financiero desde la Gran Depresión de los años treinta. Igual que en aquella época, la confianza en las bondades del capitalismo pierde puntos día a día. Queda por ver si la raíz de la crisis está en el mal manejo de la economía por parte del país hasta ahora hegemónico, es decir una peculiaridad de lo que los europeos llaman el “capitalismo salvaje” norteamericano, o si se trata de un problema inherente al sistema capitalista en si, mas allá de las peculiaridades de cada nación. De todas maneras, poco vale preguntarse por el origen del brote infeccioso cuando la epidemia ya ha cundido. Como en los años treinta, hoy también hay voces

que claman por una rápida y enérgica intervención del estado. Pero la analogía termina ahí.

A diferencia de la década del treinta, cuando el comunismo estaba en su adolescencia (había dado muestras de brutalidad pero no había todavía dado muestras de ineficacia), hoy nadie se propone articular una alternativa seria al sistema económico imperante. Desde la prédica de Margaret Thatcher y Ronald Reagan a favor del liberalismo económico a ultranza, que la señora Thatcher sintetizó en la sigla TINA (“*There Is No Alternative*” –“No Hay Alternativa”), y que en los veinte años siguientes fue internalizada por las elites tanto de oriente como de occidente, tanto del hemisferio Norte como del Hemisferio Sur, no se ha probado un modelo distinto que se haya demostrado viable.

Ha habido, eso sí, reacciones contra los excesos del neo-liberalismo en los países del Sur que sufrieron fuertes crisis, e intentos de políticas de estado muy distintas a las que pregonaban en su época los voceros del “consenso de Washington.” Pero en mi opinión, esas políticas contestatarias son a su vez parasitarias del buen funcionamiento del capitalismo global en los grandes centros de crecimiento económico. Tales experimentos –llámense socialistas, populistas, o nacionalistas-- han dependido de los mercados de materias primas, en particular la energía y las llamadas *commodities*¹⁰. No hay equivalencia entre las políticas estatizantes y redistributivas de países exportadores de petróleo, gas o soja, para citar unos pocos ejemplos, y el movimiento histórico inverso, es decir, la conversión de un modelo socialista de estado al modelo capitalista de mercado que desde la gestión de Deng Xiao Ping se ha operado en la República Popular China.¹¹

Pero ahora el tipo de crisis que antes afectaba a algunos países de la periferia, los llamados “mercados emergentes,” se ha desencadenado con toda furia en el centro mismo del sistema. Para salvarlo, los principales gestores del capitalismo global –gobernantes, banqueros centrales, tesoreros y grandes inversores—echan mano a todo el instrumental del estado que está a su disposición. En muy breves palabras, las propias

¹⁰ Resulta interesante advertir cómo las fuertes voces que se elevan contra el capitalismo occidental en las capitales “rebeldes” de los petro-estados –Moscú, Teherán o Caracas--bajan sus decibeles cada vez que baja mucho el precio del petróleo o de las *commodities* en general. Por otra parte, hay que reconocer que los países del Sur siguen financiando el déficit de los países del Norte a través de las inversiones de sus reservas de exportación acumuladas que no logran invertir en sus propios mercados. Los fondos soberanos están colocados en los EE.UU. y en la Unión Europea.

¹¹ El mejor estudio sobre las características del capitalismo chino y su evolución, en particular el rol que el estado sigue jugando, es el libro de Yansheng Huang, *Capitalism with Chinese Characteristics: Entrepreneurship and the State*, Cambridge University Press, 2008.

elites del gran capitalismo quieren que el estado se haga cargo de deudas impagables, de bancos en bancarrota, de títulos depreciados, y de bienes de capital muy devaluados que el mercado libre no es capaz de absorber sin paralizarse. En resumen: se trata de socializar las pérdidas.

Hace mucho tiempo el celebrado economista canadiense-norteamericano John Kenneth Galbraith, sentenció con su excelente estilo habitual: ” en los Estados Unidos el único socialismo respetable es el socialismo para ricos.”¹² A pocos años de su muerte hoy se cumple la profética sentencia. Parecería que el socialismo del siglo veintiuno en el Norte no es bolivariano sino washingtoniano –no se trata de un socialismo igualitario sino de un socialismo financiero y de rescate. No es descamisado ni camina en zapatillas; viste traje de Hermenegildo Zegna y calza zapatos de Salvatore Ferragamo.

Por el momento, los Estados Unidos ofrecen al mundo el espectáculo de un drama en varios actos que apenas ha comenzado. Lo que hace contundente al drama es la coincidencia de la crisis financiera con la inminencia de elecciones nacionales para los mas altos cargos.

En uno de los últimos episodios del teatro político pudimos ver al muy vapuleado presidente Bush –en las postrimerías de su régimen-- reunirse con los dos candidatos a sucederlo, con los líderes parlamentarios de ambos partidos, y el séquito de funcionarios del estado, todos ellos con el seño fruncido y recitando graves advertencias, y con el énfasis puesto en la necesidad imperiosa de actuar en un estado de emergencia. Los nombres de esos funcionarios pasaron a ser de conocimiento público global, como si fuesen estrellas de cine o jugadores de fútbol: amen del Sr. Bush, cuyo nombre va entrando inexorablemente en el pasado, toman protagonismo Hank Paulsen, Ben Bernanke, Nancy Pelosi, Harry Reid y los entonces candidatos Barak Obama y John McCain. Desde esas alturas, el mensaje era simple y claro: “Hay que aprobar de inmediato un plan de rescate para que el estado compre, con dinero de los contribuyentes, los malos títulos y acciones que hoy paralizan el crédito y por lo tanto toda la actividad económica. El plan no nos gusta pero es necesario para reanimar una economía moribunda.” Quienes entre mis lectores son aficionados de historia argentina recordarán las palabras de Sarmiento: “En materia de gobierno las cosas hay que hacerlas; mal o bien pero hacerlas.” Quienes sean aficionados de la teoría política recordarán los alegatos a favor del estado de emergencia desde Thomas Hobbes hasta Carl Schmitt.

¹² En el original: “*In America the only respectable type of socialism is socialism for the rich.*”

Sin embargo el socialismo de rescate, es decir, la respetable intervención en los mercados del respetable ex Secretario del Tesoro y ex ejecutivo principal de la casa Goldman Sachs de Wall Street Henry Paulsen, con la ayuda de un respetable economista de la Universidad de Princeton y experto nada menos que en la Gran Depresión de los años treinta Ben Bernanke, hoy Jefe de la Reserva Federal, encontró una fuerte resistencia en la Cámara de Diputados, donde el plan de rescate fue rechazado inicialmente en estrecha votación. Ese rechazo no vino de lo que en los Estados Unidos pasa por “izquierda”, que es el ala liberal del partido demócrata, sino del ala derecha del partido republicano, es decir, del partido de gobierno. Su mensaje fue tan claro como extremo: “Dejemos que el mercado se haga cargo de sus propios errores. El estado debe ser absolutamente prescindente.” Este argumento repetía casi *verbatim* el consejo que diera otro secretario del tesoro, Andrew Mellon, frente a la crisis bancaria de 1929-1932: “Liquiden y liquiden.” Algo así como “que quiebre quien tenga que quebrar”. Lo que sucedió después es parte de la historia: fue la Gran Depresión que duró largos años, hasta que la Segunda Guerra Mundial se encargara de poner en movimiento la gran maquinaria industrial norteamericana. Finalmente alguien convenció a los diputados reacios que cuando hay una seria avería, el barco no se hunde por partes sino que se hunde en su totalidad y que, quien no aprende las lecciones de la historia está condenado a repetirla. La ley de rescate pasó con modificaciones en una nueva votación y fue sancionada el 3 de octubre de 2008. Podemos marcar ese día como fecha de nacimiento del socialismo de rescate.

A como están las cosas en este momento, el “socialismo estilo norteamericano” proviene de una alta elite capitalista y pragmática; la sospecha y la resistencia provienen de sectores populares que todavía siguen a ultranza el fundamentalismo de mercado, y de sectores populares todavía mas amplios que sufren ya la merma de sus haberes jubilatorios, que ven a sus empleos amenazados, que tienen cada vez menos poder adquisitivo, que temen enfermarse por falta de seguro médico, y que tienen poca esperanza de progreso para sus hijos y nietos. A medida que la crisis evolucione, es posible que la resistencia a los “codiciosos de Wall Street” salga de los carriles del populismo de derecha y se reubique en un cuadrante mas progresista. Pero no es seguro.

Por el momento, a la fuerte crisis económica se suma una seria crisis de liderazgo. Con ciertas concesiones, la elite bipartidista ha puesto en marcha su plan de rescate, con la esperanza de conseguir un respiro hasta después de las elecciones. Será

sólo a partir de entonces, y dependiendo mucho del resultado, que podrá verse el horizonte mas largo del sistema global, su reforma, y la recomposición geoestratégica del planeta. Conviene ahora comenzar a otear ese horizonte y preguntarnos en otro artículo qué papel jugarán los países del Sur en el mundo que surgirá después de esta crisis. Aquí me limito a una observación final.

El flamante socialismo de rescate que han descubierto los norteamericanos tiene una peculiaridad contradictoria. Después de tratar de dismantelar los aparatos del estado y vilipendiar su intervención en la economía por un cuarto de siglo, frente al gran traspies financiero y la primer gran crisis de la globalización, los grandes capitalistas han echado mano con urgencia al estado como tabla de salvación. Pero se encontrarán con un estado con poca capacidad de gestión. Con la presidencia de Bush hemos visto cómo el estado norteamericano tiene una pésima eficacia en materia bélica (la ocupación de Irak y la guerra de Afganistán son pruebas contundentes), en materia de movilización frente a desastres naturales (la destrucción de la ciudad de Nueva Orleans por el huracán Katrina), en materia de contención racional del gasto, en materia de seguros de salud, y en muchos otros órdenes. Después del presente “manotón de ahogado” que representa el paquete de rescate, se necesitará la mano firme de un verdadero reformista para volver a armar el estado –alguien como Franklin Delano Roosevelt en los años treinta. Le tocará a Barak Obama ser el nuevo FDR.

A esta altura de la historia sabemos que el socialismo no es una alternativa global viable al capitalismo, pero parece cada vez mas evidente que es su complemento necesario. Si bien el capitalismo es la locomotora del crecimiento y de la prosperidad, le tocará al socialismo ocuparse de los rieles. Un tren bala sin rieles que lo contengan descarrila. En un rincón del mundo que no tiene mayor repercusión en el resto, salvo la del ejemplo, en 1990 hubo una crisis financiera similar a la que hoy padecen los EE.UU. Sucedió en Suecia, y el estado salió al rescate, con intervenciones de corte “socialista” rápidas y eficaces. Pero hace muchos años que Suecia experimenta con un socialismo complementario de su vigorosa economía capitalista. ¿No habrá llegado el momento de volver a tomar en consideración el modelo escandinavo? Por las dudas, y lo digo en serio, he comenzado a tomar lecciones de sueco. *Jag talar och skriver liten svenska*.¹³

* * *

¹³ Traducción: Hablo y escribo un poco el sueco.



Capítulo 7

Piloto de tormentas: El nuevo gobierno en los Estados Unidos visto desde el Sur

Resumen

La campaña presidencial norteamericana y su feliz desenlace abren un interrogante importante para ese país y para el mundo: frente a la múltiple crisis que se cierne sobre ella ¿está la sociedad norteamericana dispuesta a aceptar un cambio generacional de elenco y un cambio de rumbo en las políticas de estado? La verdadera elección es entre el miedo y la esperanza. Vista desde la experiencia latinoamericana, la otra cara de la crisis en el Norte es la oportunidad que representa para una acción amplia y menos condicionada por las trabas del pasado reciente, por parte de un nuevo equipo gubernamental.

Las crisis latinoamericanas

Los grandes cambios de orientación social, económica y política en América Latina de las últimas décadas han sido impulsados menos por un plan, una voluntad consensuada o una ideología coherente que por la dura necesidad y por las crisis fuertes y recurrentes que han sacudido al continente. Esas crisis, y sus respectivas salidas, han tenido orientaciones contrarias. La historia latinoamericana reciente se ubica así bajo el signo de la discontinuidad. No ha habido, por lo tanto, ni desarrollo económico sostenido ni progreso social sistemático.

Para simplificar, diré que las grandes crisis latinoamericanas de las últimas décadas han sido dos: la primera fue la crisis hiperinflacionaria de los años ochenta, que marcó el agotamiento de un estilo de desarrollo industrial sustitutivo y mayormente orientado hacia los mercados internos. Para salir de la crisis, las elites gubernamentales se vieron obligadas a dar un golpe de timón brutal a las políticas públicas anteriores y aceptaron recetas de estabilización, privatización y apertura a un nuevo mundo globalizado. Ese cambio de 180 grados hoy se conoce por el rótulo “neo-liberal.” El

remedio, adoptado con premura y administrado en sobredosis, funcionó por un tiempo pero tuvo efectos colaterales muy nocivos: desindustrialización, desocupación, aumento de la pobreza y de la desigualdad, entre otros. En algunos países, la estrategia condujo, a la larga, a un aumento intolerable de la deuda y a la bancarrota nacional.

Surgió, luego de una década de políticas neoliberales, una nueva crisis, esta vez deflacionaria, que se vivió en algunos países como el brote de una enfermedad terminal, cuyo desenlace político fue la llegada a la cúspide de estados maltrechos de nuevos elencos gubernamentales, dispuestos a adoptar urgentes medidas de salvataje y a ensayar otras salidas. *Default*, devaluación, nacionalizaciones, mayor ingerencia del estado en el mercado, intentos de redistribución de ingresos, son algunas de estas medidas. La mayoría de estos nuevos gobiernos se autodefinen “de izquierda”, utilizando una versión bastante amplia y a veces contradictoria del venerable vocablo, cuya semántica se ha reducido, en los últimos 25 años, a políticas que tienden a producir una mayor igualdad social y una mayor inclusión de grupos marginados, así como una mayor independencia ideológica de las tradicionales instituciones del Norte, pero sin ofrecer un esquema alternativo a las prácticas de concurrencia en los mercados globales.

Por motivos que me son oscuros, en América Latina hay una manifiesta tendencia a empaquetar políticas y a asignarles una sistematicidad que en realidad no tienen. Así, las medidas tomadas por muchos gobiernos en los años 80 y 90 son interpretadas como resultado lógico de un plan conspiratorio y nefasto, una entelequia llamada “neoliberalismo” a la que se otorga el título de “modelo.” De la misma manera, pero con signo contrario, las medidas tomadas por muchos gobiernos actuales son interpretadas como parte de un “modelo” distinto, llamado a veces “estado desarrollista,” “tercera vía,” o, en modo más solemne, “socialismo del siglo XXI.” Pero en uno y otro caso, un estudio más sereno llega a otra conclusión: los llamados “modelos” son en realidad sólo conjuntos de medidas de urgencia para salir de una crisis. Para decirlo en buen criollo: el manotón de ahogado no es un estilo de natación.

14

¹⁴ En última instancia, la salvación o el ahogo dependerán de la fuerza y del sentido de la corriente. Fuertes o débiles, favorables o contrarias, las corrientes son globales. El éxito o el fracaso de las políticas dependen en gran parte de la manera en que se adaptan a estas corrientes. Creo oportuno señalar que, a diferencia de otras regiones, el impacto del mundo sobre América Latina siempre ha sido mayor que el impacto de América Latina sobre el mundo, a pesar del volumen geográfico y demográfico del continente. Para recalcar el contraste, basta recordar la ocurrencia de Churchill acerca del impacto de los pequeños estados balcánicos sobre el equilibrio internacional: “producen más historia que la que son capaces de consumir.” En cambio, América Latina consume más historia que la que es capaz de producir. La primera reflexión sobre América Latina en este sentido la hizo Hegel. Otra igual pero más tardía la hizo Kissinger: “es un puñal que apunta hacia la Antártida.”

Una lección aprendida

Pero no es el propósito de este capítulo hacer un análisis de las políticas públicas de los gobiernos latinoamericanos de los últimos 20 o 30 años. Mi propósito es introducir un tema que me parece es una lección importante proporcionada por la historia reciente de América Latina, a saber: el papel que juegan las crisis en la adopción de medidas fuertes y necesarias –pero muy difíciles de llevar a cabo en “épocas normales”-- por parte de un gobierno. En un texto muy lúcido sobre la relación entre política y reforma en América Latina, el sociólogo argentino Juan Carlos Torre indica cómo una crisis colectivamente percibida abre oportunidades de gobierno insospechadas para una nueva administración. Su análisis, desarrollado a partir de la experiencia latinoamericana, bien se puede aplicar a la nueva administración norteamericana que ha tomado las riendas del poder en enero de 2009, la administración Obama, que inaugura un nuevo estilo de gobierno con escasos compromisos anteriores, y que significa un recambio generacional en la política del Norte. Vale la pena citar a Torre con cierta extensión:

“Primero, las crisis tienen el efecto de desacreditar las posturas y las ideas de la administración anterior y predispone a la opinión pública a conceder a quienes acceden al gobierno un amplio mandato para actuar sobre la emergencia. Segundo, las crisis instalan un sentido de urgencia que fortalece la creencia de que la falta de iniciativas sólo puede agravar las cosas; en estas circunstancias, los escrúpulos acerca de los procedimientos más apropiados para tomar decisiones dejan paso a una aceptación de decisiones *extra-ordinarias*. Tercero, las crisis no solo agudizan los problemas colectivos sino que generan además un extendido temor por el alza de los conflictos sociales y amenazas al orden institucional. Todo ello amplía los márgenes para la acción de los líderes de gobierno e intimida a las fuerzas de oposición. Cuando estos varios mecanismos que las crisis ponen en movimiento se combinan, se genera una demanda de gobierno que permite a la presidencia echar mano a los recursos institucionales necesarios para concentrar la autoridad de decisión, adoptar políticas elaboradas en el sigilo de los gabinetes tecnocráticos e imponer un trámite expeditivo a su promulgación.”¹⁵

Estados Unidos: la política en época de crisis

¹⁵ Juan Carlos Torre. 1998. *El proceso político de las reformas económicas en América Latina*. Buenos Aires-Barcelona-México: Paidós, p.40.

¿Cómo aplicamos estas reflexiones a la situación tanto interna como geopolítica de los Estados Unidos después de la era Bush? Primero debemos determinar si hay efectivamente una crisis, y, en caso afirmativo, si se trata de un fenómeno parcial, coyuntural o aleatorio, o si se trata en cambio de una pauta sostenida y profunda, que requiere un tratamiento *extra-ordinario*. La opinión norteamericana está dividida al respecto, pero a medida que se agrava la crisis opta por la versión más tremendista. Mirando hacia atrás en la campaña presidencial dos de los tres candidatos a la presidencia —el republicano John McCain y la demócrata Hillary Clinton— aunque diferían entre sí, tenían mucho en común: ambos eran políticos experimentados y hábiles en el manejo del sistema gubernamental tal como está constituido. En particular, contaban para sus campañas (y por ende para su futura acción de gobierno— con el apoyo (y por lo tanto el condicionamiento) de poderosos grupos de presión, cuyos intereses con frecuencia encontrados llevan al usual compromiso y a “más de lo mismo,” que se traduce en políticas bastante tímidas, cuando no en algo peor, que es el empate político, la parálisis y el veto mutuo. Cualquiera de los dos, si hubiese salido elegido o elegida, se habría distanciado de algunas de las políticas singularmente fracasadas de la administración Bush (con excepción de la guerra de Irak, que McCain quería continuar en apariencia *sine die*) como ser el abandono por parte de ese gobernante de elementales normas del estado de derecho a favor de políticas de seguridad interna. Diferían en materia impositiva, en filosofía judicial, y en filosofía social en general. En materia de seguro médico y de seguridad social hubo diferencias importantes pero de grado más que de fondo. El “tono” o tenor ideológico fue la oposición más importante entre estos dos candidatos. Se trataba de una repetición del contrapunto tradicional entre los dos grandes partidos antes de la presidencia de Bush hijo.

La administración de Obama, recientemente elegido, será muy distinta, tanto en la forma como en el fondo. Esta diferencia se debe al cambio generacional que Obama representa. Durante la reciente campaña por la interna del partido Demócrata, Obama candidato se hizo portavoz de los jóvenes, un sector del electorado de notorio ausentismo en todas las campañas presidenciales posteriores a la guerra de Vietnam. La participación juvenil en la campaña de este joven candidato fue asombrosa.¹⁶

¹⁶ Para quienes se interesan en el impacto de la nueva “generación *You Tube*” en la política norteamericana, recomiendo el libro de Morley Winograd y Michael D. Hais. 2008. *Millennial Makeover*. New Jersey: Rutgers University Press.

Desde un punto de vista simbólico, Obama representa un cambio decisivo. Desde el color de su piel hasta su nombre es un personaje fundamentalmente distinto: no representa la división racial sino su superación en el mestizaje de etnias y culturas que caracteriza a la nueva sociedad norteamericana. Como suele decir, es portador de esta síntesis en su propio ADN. No se trata de un representante de la política identitaria de los últimos 30 años sino de una nueva identidad sincrética. No se postuló como “bipartidista” (una postura común de muchos políticos en el pasado) sino como “unitario.” Y esa unidad se basará según sus declaraciones, en políticas de estado básicas y necesarias para todo el país, mas allá de las diferencias partidarias. No se presenta como conservador ni como “liberal” en el sentido norteamericano, sino como un posible *reformador modernizante*. He aquí el eslabón entre su imagen o estilo y la tarea de gobierno que se propone. Ésta se basará en la actualización de la economía y la sociedad norteamericanas para adaptarse mejor a un mundo dinámico, multipolar, y fracturado. Su imagen – y el enorme desafío que significa—es la de un hombre nuevo para un mundo nuevo.

La verdadera elección

Si este diagnóstico es correcto, cabe una pregunta fundamental: ¿está la sociedad norteamericana dispuesta a aceptar semejante cambio de elenco y de rumbo? En otras palabras, mas a tono con mis reflexiones precedentes, ¿existe una situación de crisis colectivamente percibida capaz de generar una demanda de gobierno que permita a éste último adoptar políticas novedosas, creativas y racionales al mismo tiempo, que hasta ahora fueron o bien impensadas o bien archivadas por los grandes intereses establecidos? Hay indicios de que efectivamente, la crisis es percibida por muchos sectores de la población y que, entre ellos, hay demanda de “algo nuevo.” Y recordemos que –para decirlo en forma muy simplificada—en democracia basta con la mitad mas uno, y a veces sólo con una pluralidad, para que triunfe un candidato, un programa, o un partido.

En la historia norteamericana hay antecedentes que favorecen esta última hipótesis. Se trata de la gran crisis económica y social de los años 30. En su libro sobre Franklin Delano Roosevelt, el historiador J.M. Burns describe cómo al inicio del New Deal, cuando el congreso debió tratar la ley de emergencia bancaria: “Completado por el presidente y sus asesores a las dos de la mañana, el proyecto de ley estaba todavía en borrador. Sin embargo, aun durante los magros 45 minutos asignados al debate en el

recinto, se escucharon voces reclamando ‘Hay que votar’... La Cámara aprobó prontamente el proyecto a mano alzada; el Senado lo hizo unas pocas horas después; el presidente lo promulgó con su firma a las nueve de la mañana.”¹⁷

Existen indicios de que hemos entrado en un período de crisis convergentes y de situaciones de emergencia. Enumeraré las mas notorias:

Crisis financiera

Crisis de calidad de vida y de ocupación

Crisis de seguridad

Crisis del medio ambiente

Crisis energética

Crisis educacional

Crisis jubilatoria

Crisis de seguro de salud

Crisis de posicionamiento geopolítico

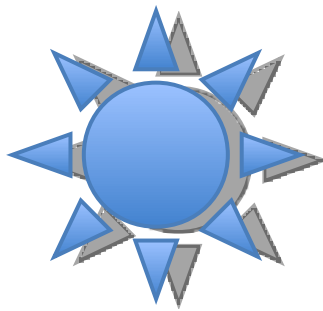
A partir del ataque del 11 de septiembre de 2001, y varios años después, con el huracán Katrina, las población norteamericana ha experimentado grandes disrupciones. Tales episodios producen reacciones de miedo colectivo y una demanda de seguridad o de “gobierno fuerte.” Pero hay otras crisis, de naturaleza menos coyuntural y mas estructural, que deberían producir una demanda de “gobierno racional”, esa decir, una disposición a apoyar políticas de estado en las áreas de medio ambiente, energía, educación, salud, y relaciones exteriores que salgan del marco convencional. Se trata de demandas positivas, no represivas, y requieren una fuerte dosis de esperanza mas que miedo.

En el fondo, la gran elección estadounidense fue entre el miedo y la esperanza. Ambos sentimientos otorgan mayor libertad de acción a un gobierno: uno para que castigue y vigile, el otro para que promueva y dignifique. Desde América Latina, acostumbrados como estamos a otorgar amplia libertad de acción a los gobiernos que deben enfrentar nuestras periódicas y graves crisis, deseamos que la larga crisis norteamericana que avanza produzca una reacción política saludable, con la elección de un elenco nuevo para tiempos distintos. Este nuevo elenco tendrá una mayor libertad de acción. Es la oportunidad que toda crisis otorga a quien se encuentra en el gobierno en tiempos difíciles.

¹⁷ J.M. Burns. 1956. *Roosevelt: The Lion and the Fox*. New York: Harcourt Brace, pp. 166-167, citado por Torre.

Somos pocos los latinoamericanos que tuvimos el privilegio de votar en estas elecciones presidenciales de los Estados Unidos. La mayoría no pudo votar. Pero sí pueden opinar. Con este último capítulo quiero estimular el ejercicio de opinión, observando el Norte con una perspectiva que se orienta desde el Sur.

* * *



ⁱ Joseph Stiglitz and Linda Bilmes, *The Three Trillion Dollar War. The True Cost of the Iraq Conflict*, New York: W.W. Norton, 2008.